



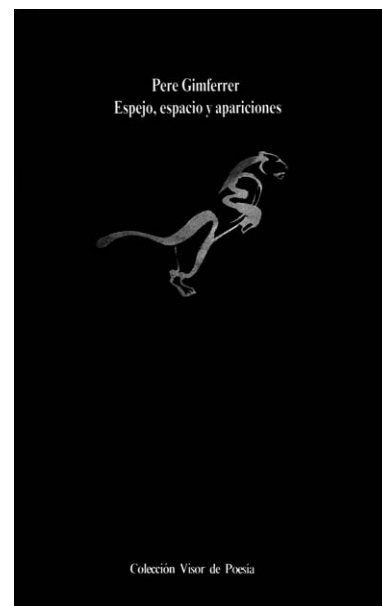
Jorge de Cominges y Pere Gimferrer. Barcelona, 2004.

El primer día del lenguaje

Me pide la revista *Zurgai* una colaboración sobre la obra de Gimferrer. Todos sus libros hasta la fecha los he estudiado en el libro *Caligrafía del fuego*, publicado por Pre-textos. Por ello voy a centrarme en sus dos nuevos libros, *Interludio azul* y *Amor en vilo*, en los que el poeta ha vuelto al español como lengua de escritura. El primero de ellos relata una pasión amorosa hacia quien es ya su segunda mujer. El segundo transforma ese amor en un libro de poemas torrenciales y perfectos. La inspiradora de ambos libros es C., una mujer atractiva, culta, enigmática, personaje femenino que recuerda a los de *La Cartuja de Parma* o a esos personajes de Austen que, amando el amor, se resisten a dejarlo notar mientras amanece la cosecha verbal del poeta. En *Interludio azul*, precisamente, Gimferrer sigue el consejo de Stendhal y parece decirnos: *he aquí unos cuantos detalles exactos*. Este amor está registrado en una prosa brillante, huidiza, expositiva, paradójica. Vemos a un Gimferrer desnudo en su expresión, cristalino, tenso. Nunca antes en su obra, ni tampoco en nuestra tradición, se ha practicado una literatura confesional de tan alto esteticismo. Sobre el escenario de las citas y referencias culturales se desarrolla la esgrima intelectual y amorosa. *Tú vives siempre en las películas*, le indica C. al poeta. Y no es esto del todo cierto, pues son las películas, los libros y la pintura los que viven en Gimferrer. Hay que leer aquí, otra vez, la vieja lección novísima y europea del 70, según la cual muchos críticos están equivocados y no existe el culturalismo —esto lo ha remarcado muchas veces Guillermo Carnero en sus espléndidos artículos críticos—. ¿Es culturalista *Interludio azul*? No: es un libro profundamente vital, que parte de una experiencia clave en la vida del autor y sin embargo... Sin embargo, es la alianza de vida y su reflejo en la cultura lo que permite que esa vida sea más plena. He aquí un libro que demuestra, para quien no lo sepa aún, que la escritura de Eliot, de Pound o de los novísimos no es una exposición permanente del Museo de la Palabra, sino una obra que, a través de la cultura, habla de la vida y encarna en la vida con más fuerza que el periodismo a secas de la poesía realista. Por ello, cada instante de este amor halla su reflejo exacto en un gran momento de la cultura. Gimferrer consigue así transmitir una visión estética del amor que acaba transformada en ética: sólo convirtiendo, mediante el arte, en mito cada instante del amor, permitiremos que ese amor se sitúe en el más alto grado de la experiencia. Con Gimferrer no hay término medio. Su peculiar fusión de vida y arte no puede dejar de recordarnos el mecanismo similar de Juan Ramón Jiménez en *Espacio o Tiempo*. Pocos precedentes más hay de este sorprendente libro en nuestra tradición: no es un diario, ni un ensayo, ni un libro de memorias ni sólo una narración. Es todo eso y algo más. El autor ha convertido un fragmento genesiaco de su vida actual en pura forma estética. Es el mismo procedimiento de Yeats en su Bizancio simbólico: el amor, como la palabra, tiene esa cualidad de tallarnos o esculpírnos. Así nos preserva la palabra. Esta historia verdadera que parece ficticia acaba adquiriendo una forma artística tan intensa que uno no puede más que situar esta obra en la estirpe de Walter Pater y sus epifanías tan reales y trascendentes a la vez. Gimferrer ha completado un amplio círculo, vital y estético. Baile verbal de personas y fechas reales, la música de este libro transfigura la realidad para, paradójicamente, devolvérmola, más pura. *Interludio azul* es una epifanía suspendida, un reencuentro del poeta y su amada.

En *Amor en vilo*, los poemas desvelan ya el nombre del amor: Cuca. Incorporar versos ajenos, sin que chirríen, en el poema propio, es algo que sólo parece salirles bien a Blas de Otero y a Gimferrer. Pocos más lo han logrado. Éste

es el libro más extenso y variado de toda su poesía: hasta una composición en liras hay. Muchos son los poemas memorables. Muchos quedarán como emblemáticos: *Evohé, Lubricán, Asolando...* Con todo, hay que destacar alguno que sobresale de modo especial, si bien no es el único: el extenso *Ad plurima* es uno de los grandes poemas de amor de la historia de la lengua: *las pleamares que oteaba Shakespeare, (...) la carlinga incendiada del pasado...* La respiración de estos poemas amorosos, especialmente en los textos más largos, tiene poderío y fuerza: aquí el poeta nos da un gigantesco Sí. Este Gimferrer conecta con el gran poeta amoroso y metafísico de su tercera etapa, la que se inicia con su libro *Aparicions*. El Gimferrer que ha llegado hasta esta revelación no la abandonará ya. Sobre la vuelta a la lengua de *Arde el mar* en *Amor en vilo*, el propio autor explica en una nota final las razones, que se resumen en una: su lengua es la lengua del amor, la lengua en la cual habla con el amor y del amor. Gimferrer ha conocido, al fin, el triunfo del sujeto sobre la obra. Creo que ciertas críticas reticentes sobre este libro no se deben sólo a la falta de preparación de la crítica española; se deben, sobre todo, a no haber leído esta obra en su lugar justo, tras toda la poesía anterior de Gimferrer. *Amor en vilo* es la coronación, por ahora, de una obra que ha buscado siempre la máxima libertad del sujeto lírico y que supo identificar, desde muy pronto, esa libertad con el amor. Formalmente, es un libro espléndido, seductor, lleno de variadas formas métricas y de imágenes que relampaguean en la memoria tras haberlas leído. El éxito de gran parte de la crítica y del público lector –el libro lleva muchas semanas ocupando el primer puesto de los más vendidos en poesía– confirma que el erotismo provocador, que ha estado siempre en Gimferrer, no escandaliza ahora a un público que, nada más abrir este libro, confirma la vieja sentencia de Whitman: *comrade, this is no book; who touches this touches a man*. Es decir: *camarada, esto no es un libro; quien toca esto toca a un hombre*. ¿Un cuarto hombre, más allá de aquel tercero de Graham Greene y de *Aparicions*? Aún es pronto para decirlo, pero es muy posible que *Amor en vilo*, y no sólo por el cambio de lengua, abra una cuarta etapa en la poesía del autor, una etapa que toma elementos formales de épocas anteriores: las formas métricas rigurosas de libros como *La llum* y, nuevamente, el fulgor de aquellas imágenes juveniles de *Arde el mar* o *La muerte en Beverly Hills*. Largo camino debemos realizar en la vida para llegar a ser el joven que no fuimos o no supimos ser. ¿Fue Gimferrer un joven enamorado de algo o alguien que no fuera la misma poesía? Sí, desde luego en *Aparicions* o *Mascarada*, pero éstos son libros de madurez y, en ellos, es indiscutible la fuerza y la presencia de Maria Rosa Caminals, su anterior mujer. Pero ahora su poesía es la de un joven encerrado en un cuerpo erudito y aquí está la razón del éxito y lo que hará perdurar a este libro: *Amor en vilo* es el canto de una juventud conquistada por el verbo. Aquí radica su grandeza y nadie que haya sido joven una vez dejará de comprender el mérito indiscutible de este logro: volver a ser joven por obra y gracia de la palabra. Una palabra de amor, es cierto, pero en poesía ¿qué palabra no es palabra de amor? Acaso las invectivas de Villon o Rimbaud ¿no son poemas de amor también? La poesía es un decir por amor al decir mismo, pero la madurez de Gimferrer y su renovación espiritual han dado en confluir en una curiosa síntesis: ese decir que se ama a sí mismo también –¡con qué gracia encendida!– nos ama ahora a nosotros. Sé que hay gentes –y ahora estoy siendo muy sincero y nada académico– que no podrán comprender esto que digo, pero yo creo que el don de adolescencia, como el paraíso, nos fue concedido una vez y, sin embargo, podremos ganarlo otra vez, más perfecto, más lúcido, más joven, gracias al verbo. Yo sé que he visto, en algún lugar del sueño, a Emily Dickinson, tan vestida de blanco, en su torre de Amherst, ya lejos su juventud, pidiendo fruta a sus hermanas acaso; escondiendo sus poemas, atados con cinta





verde, en el baúl familiar. Aquella mujer madura, ¿no era, precisamente y gracias a la juventud alcanzada por su verbo, a la desnudez última del blanco, la muchacha más joven de América? Por ello y por sí misma –por haber conseguido la última juventud de la resurrección- tuvo derecho a cantar de aquel modo único. Y ese triunfo del blanco final, de la fe en la construcción de una juventud que es ya eternidad y que va más allá de la mera juventud del hombre, es lo que leo también en *Amor en vilo*: *¿Es una vida nueva? ¿El resplandor / de las acacias y los tulipanes? / Se sentía venir en oleadas / devanadas en sí, como la aurora / ha presentado un fuego de cristal, / la vidriería de las amapolas, / como la noche recogió la cárcava / del día soleado, las agujas / de las torres que palpa amaneciendo / la claridad con antifaz del alba / disfrazada de luz en nuestros cuerpos, / el disfraz de la vida verdadera / ahora desnudada a pleno sol / en los labios pintados del estío, / y nos uncieron claridades blancas, / esas geografías de la sangre, / filigrana de cuerpos macerados: / así la vida acepta persistir / como en jarrón las flores, como el agua / derramada en sí misma en Villa d'Este, / y se siente vivir, al poderío / del tañer plateado de las aguas, / al poderío de los escalones / que a pico dan al aire del abismo / y nos lanzamos juntos, en la espátula / que nos rescata y que nos resucita, / y ya abrimos los ojos, y, no abiertos / del todo aún, la piel llama a la piel, / las hilanderas de lianas cálidas, / el rosetón del día en purpurina, / los esponsales de la destrucción / en el romper atónito del día / que es nuestro primer día, los timbales / y las vihuelas de nuestros dos cuerpos, / como un villorrio medieval a oscuras, / cuando por fuegos se contaban vidas / o resquicios de vida, los jornales / del llamear disperso en la tiniebla, / más cerrada que el pámpano en el viento, / pero los fuegos nunca se extinguían, / pero los fuegos no se extinguirán.*

A todos los envidiosos de los grandes poetas, que querrían convertirlos en Sísifos oficiales del abecedario –oh clima del Tibet, que no conoces mutación, sino una sed de grietas en la cima, una sed de ver más y más allá siempre-, les recomiendo que lean atentamente éste y los otros poemas del libro *Amor en vilo*, pues, en efecto, los fuegos del lenguaje nunca se extinguirán. Y acabará siendo el lenguaje la juventud última, más fuerte, en la frontera de lo blanco. Si la poesía de Gimferrer roza a veces la mística y entra en el territorio de San Juan es, precisamente, por haberse convertido en la casa del lenguaje, en aquella casa del confín del mundo de cierta novela gótica que es el último paisaje que veremos siempre. Ante nosotros, un lenguaje en amanecida: *como la aurora ha presentado un fuego de cristal*. Y es el Verbo el que toca con sus manos en llamas los cuerpos y les dice: *vivid, amad por mí, pues yo os lo he concedido*. El lenguaje es *el disfraz de la vida verdadera / ahora desnudada a pleno sol*. Así también esta poesía nueva de Gimferrer, *que nos rescata y que nos resucita*, convierte a los amantes en esponsales, *en el romper atónito del día*. Lo dije al estudiar su primera etapa: Gimferrer vive, ya desde el primer libro, en el día después del Edén. Pero lo mejor es que en este desierto, en este *villorrio medieval* de la existencia humana, él mismo ha hecho un alba propia, y ese amanecer es siempre el lenguaje poético. Aquí, el lenguaje es siempre *nuestro primer día*. Sí, sé que es de Hofmannsthal aquello de *dice mucho quien dice anochecer*. Yo digo ahora que dice más quien hace de su decir el primer día eterno. Oh primer día de la palabra, primer día que cantó Rilke, primer día de Rimbaud, primer día de los griegos que fue luego la memoria de Hölderlin: en ese primer día ha de vivir, pese a tanta obra y tanto atardecer humano, todo poeta verdadero. Seamos siempre el que despierta; seamos el poeta de un domingo de párpados. Gimferrer ha creído en el despertar último del alma; por ello, es justo y lógico que nosotros creamos también en el despertar primero y eterno del lenguaje.